

Álvaro Pineda Botero

Diario de María Teresa Rodríguez del Toro, la esposa del Libertador¹

Lunes, 26 de agosto de 1802

¡Todo ha sucedido tan de prisa! ¿Qué hace que estábamos en Madrid? ¡San Mateo es tan diferente! Simón me dice que ya me acostumbraré.

Martes, 27 de agosto

Ha hecho calor desde el amanecer. Al medio día, por fin, me decidí a ir con las esclavas al laguito. Me habían hablado de la frescura de sus aguas desde que llegamos. No está retirado de la casa. En una bolsa preparé la túnica de baño, una sábana, peines y jabón. Desde cierta distancia se ven las aguas brillando con un color azul sólido. Al llegar, Matea se quedó bajo los almendros mientras Hipólita me ayudaba a cambiar mis ropas; luego me acompañó hasta la orilla, dispuesta a sumergirse conmigo. Allí volví a fijarme en el color del agua; ahora se veía el fondo tapizado de guijarros azules y bien podía darme cuenta que no había peligro: ni ramas, ni hojas podridas, ni fango, ni insectos; pero más allá, cerca de la otra orilla, la profundidad debe ser mucha porque el color es verde oscuro.

A Hipólita las piedras agudas no le hieren los pies. En cambio, a mí me arrancan expresiones de dolor. Tengo que apoyarme en ella. Es muy valiente. Estoy segura que jamás ha llorado.

Matea llevó una olla de hierro. Encendió una hoguera e hirvió plátanos. Luego los comimos con los dedos. Fue divertido. Pero sentí asco cuando me contó que los negros comen carne de iguana con yucas. Más tarde me recosté bajo un almendro, sobre la sábana. Todo estaba silencioso. Me quedé mirando las sombras de los árboles sobre el agua no sé por cuánto tiempo.

Por la noche estuve ansiosa por contarle mis experiencias a Simón. Pero llegó tarde y no me preguntó dónde he estado ni qué he hecho durante el día.

Miércoles, 28 de agosto

Hipólita es más negra que las demás. Su piel es azulosa. Tiene el rostro delgado, usa pañuelos de colores en el pelo. Casi siempre está triste, pero cuando ríe, ríe con alegría. Me sorprende cómo puede pasar de un extremo a otro. Ella estaba en Caracas cuando llegamos de España. Desde el primer día Simón le dijo que tenía que estar pendiente de mí, a todas horas. Fue una especie de regalo de bodas que me hizo Simón. Yo nunca había tenido esclava a mi disposición, aunque en casa de mi padre siempre hubo servidumbre.

No sé qué edad tiene Hipólita. Me da trabajo entender lo que dice. Usa palabras que yo no conozco y tiene un cantadito que nunca antes había escuchado. El primer día pensé que era otro idioma pero Simón me aseguró que era castellano.

¹ Extracto tomado de la novela de Álvaro Pineda Botero *El Insondable* (1997, 2004).

Domingo, 1 de septiembre

Al igual que en Madrid, las monturas de las señoras son diferentes a las de los señores. Simón me regaló una especialmente fabricada para mí, que nadie más puede usar. Es un sillón aforrado en terciopelo azul, con bordados de oro en el espaldar, flecos de lo mismo en el rededor y chapas de plata en los brazos. La gualdrapa es de paño colorado con bordados de seda. Las cabezadas de los frenos —que llaman jáquimas— llevan mascarones y hebillas de plata.

A veces salimos a cabalgar. Tomamos de preferencia el camino que lleva a los tablones de caña. La brisa hace mover suavemente los sembrados; todo parecería tan sosegado si no fuera por los barracones donde duermen los negros. Están al lado de los trapiches, al final de los sembrados. Son de tablas de madera oscura, con una sola puerta que cierra el mayoral con llave, por la noche. No tienen ventanas y están en hileras, al borde del camino. Pasamos al galope. Yo siento que a Simón le disgusta verlos. A mí también me impresionan. Alguna vez me dijo que quería mejorar las condiciones de los negros, que iba a darles la libertad; pero es una medida que no se atreve a tomar por sí solo. Hay que convencer primero a los propietarios de todas las haciendas.

En cada mayoría hay un campanario. Un contra-mayoral es el encargado de marcar las horas. También de dar órdenes con ciertas combinaciones de campanazos que aún no sé descifrar. Un poco más lejos está el cementerio de negros. Cruces de madera o metal marcan las tumbas. El viernes murió un negro y la campana resonó durante la tarde. Yo me puse triste. Los negros suspendieron las faenas, se quitaron los sombreros y bajaron la cabeza en silencio. A mí todo esto me impresiona y no me deja dormir tranquila.

Martes, 3 de septiembre

Hay profusión de muebles grandes y lujosos. El escudo de la familia Bolívar está grabado en los guadameciles de las sillas. Hay canapés forrados de vaqueta, y sus patas representan garras de león o águila.

El jardín es amplio. Lo habían descuidado y parecía un lugar salvaje. La hierba había borrado los senderos y olía a flores muertas. Simón ordenó rehacerlo y ahora hay una cuadrilla de negros con un mayoral trabajando permanentemente. Hay árboles de follaje frondoso, flores de color amarillo quemado y las hojas, al amanecer, tienen un verde sepia por el sereno de la noche, que cambia con el sol de la mañana. Hay orquídeas y otras flores raras, de unos olores que me marean y de unas formas que nunca había visto. Algunos arbustos despiden aromas. Por la noche el jardín huele distinto que durante el día.

Desde mi habitación veo a los negros. Cuando el mayoral se descuida, los muchachos sueltan las herramientas y descansan. El mayoral les grita y les trata mal.

Jueves, 5 de septiembre

Algunos pájaros me asustan. Hay de todos los colores, formas y maneras de cantar. En España nunca vi tal variedad. Se acercan a la casa, recogen las migajas en el comedor que da al patio, o en las inmediaciones de la cocina. Al amanecer cantan en el jardín. Cuando salgo a cabalgar, o cuando voy al laguito, encuentro variedades

que no se acercan a la casa. Hay uno mediano, negro, que repite un sonido como en "u". Cuando lo oigo parece que quisiera decirme algo. Hay otro de ojos amarillos que también repite un sonido y parece contestarle al primero.

He visto la lechuza, me da miedo. Tiene un tono grave cuando chilla. Quisiera poder descifrar estos mensajes. Hay azulejos, turpiales, palomas, canarios, jilgueros, codornices, zorzales, golondrinas, torcazas, búhos y murciélagos. Abundan los colibríes y los cucaracheros y en la casa tenemos una cría de pavos reales. Hipólita me ha enseñado sus nombres y sus costumbres.

Me gusta dejar abiertas las ventanas que dan al jardín. Una pareja de cucaracheros anidó en lo alto de la tapia, junto al techo, en la salita que da a mi cuarto y que casi no se usa. La pájara ha empollado tres pichones, que emiten chillidos mínimos. Cuando los oí pensé que eran ratas y sentí miedo, pero al momento me di cuenta que eran los cucaracheros. Entonces sentí emoción. Mi primer impulso fue contarles a Hipólita y a Simón, pero me contuve. Imaginé que Simón me diría que hay que mantener limpias las habitaciones de todo animal y que los pichones pueden atraer roedores y gatos monteses. La negra me diría que yo no debo entrar en tratos con animales, porque nadie sabe qué espíritus habitan en ellos. He decidido proteger los pichones y no contarle de su existencia a nadie.

La pareja sale y entra de la mañana al atardecer para traer hormigas, pequeñas arañas y otros bichos para alimentar a sus hijitos. Me admira su constancia. Los padres no tienen el más mínimo descanso y los pichones jamás parecen saciados.

Lunes, 9 de septiembre

Simón sale a visitar la hacienda y, con frecuencia, estoy sola al medio día. Me baño en el laguito cuando el tiempo lo permite. Llevo un sombrero de paja de alas grandes o una sombrilla de seda naranja. Y, cuando es posible, me resguardo del sol en la arboleda.

Hoy había un viento especial. Venía peinando los sombrados y entraba entre los árboles como por un túnel. Rizaba el agua y me daba de lleno en el rostro. Sentí el gozo de estar ligera de ropas en medio de la atmósfera salvaje. Las hojas brillaban con una luz diferente y algún pájaro hizo una pirueta por el firmamento. Me pareció que se quedaba inmóvil.

Las negras hablan mucho. Matea, sobre todo; y me asusta porque dice cosas terribles. Nunca cuenta las historias completas. Las va diciendo de a poquitos; hoy un detalle, mañana otro, y uno tiene que ir componiéndolas en la cabeza. La que más me ha impresionado es la del español, que había venido en busca de oro. Era creyente, devoto de san Ildefonso y respetuoso del rey. Pero un día se extravió en la selva y sus compañeros lo dieron por perdido. Varios años después apareció en otro lugar y quienes lo conocían pensaron que había sobrevivido por milagro, con la ayuda de su santo patrón. Pero notaron que la cara se le había chupado, que rengueaba del pie izquierdo y tenía oblicua la mirada. Lo peor fue cuando alguien se santiguó en su presencia. Se enfureció y le echó candela al pueblo. Podía caminar meses por la selva sin mostrar cansancio. Mataba indios y españoles con sus propias manos y un día abusó de su hija. Solamente escribir estas cosas me llena de pavor. Cuando estamos en el laguito y Matea habla de ellas, a mí me parece que el malvado está detrás de

cada árbol. Simón me dijo que no hiciera caso de estas habladurías de negras, que él mismo las había escuchado de niño. Me explicó que ellas son supersticiosas y creen en brujerías, pero que Hipólita y Matea y los demás esclavos ya han sido educados en la verdad y que, cuando dicen esas cosas, lo hacen para divertirse a costa de los jóvenes. Me dijo que hablaría con ella para que dejara de asustarme. Pero yo misma siento una extraña curiosidad por saber detalles y, a pesar del miedo, le hago preguntas. Me di cuenta que estaba ofendida por haberle dicho a Simón. Entonces le prometí que si me contaba más historias no le volvería a decir a Simón para que no la regañara.

Esta mañana estaba de buen genio y, mientras cocía los plátanos, me dijo que el español puede atravesar los ríos peligrosos, aun los que tienen pirañas, caimanes, anacondas. No sufre rasguño. Otro día, dizque con un grupo de desalmados, saqueó los pueblos de Burburata, Valencia y Barquisimeto. Lo han visto en todas partes, desde el golfo de Coquivacoa hasta la isla de Corocoro. En una ocasión, sus propios soldados quisieron matarlo, pero al golpearlo con las armas no lo hirieron y se les escapó como si fuese espíritu del más allá. Prefiere las noches oscuras para viajar. Matea lo ha visto rodeado de un resplandor rojizo, subido en las copas de los árboles cuando sopla el viento.